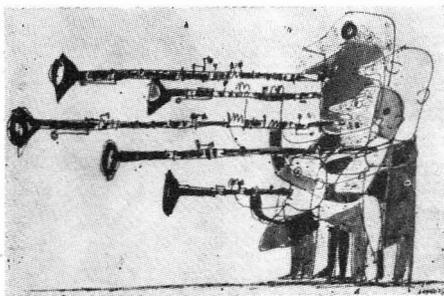


La feria de los días

I

Dramáticos fueron los finales de 1963. ¿Cómo serán los principios de 1964? ¿Cómo se desenvolverán las promesas que ya se anuncian —más o menos ensombrecidas— en el horizonte? Vana es toda conjetura. La única historia cierta es la del tiempo pasado, y ella nos entrega cual lección principal la desconfianza en adivinos y profetas.



II

No quiero decir que el hombre no se halle fatalmente limitado en sus posibilidades y en su libertad de elección, sino que sus mismas limitaciones son, en buena parte, imprevisibles. Los cálculos de la razón no han logrado despejar la tremenda incógnita de la irracionalidad que habita en cada uno de nosotros. La historia avanza entre claroscuros desconcertantes, el misterio de cuya secuela rechaza todavía los intentos de penetrarlo.

III

Pero si el futuro es siempre nebuloso, no por ello se justifican la pasividad y el conformismo. Sólo una conciencia vigilante, capaz de manifestarse en acción, podrá en úl-

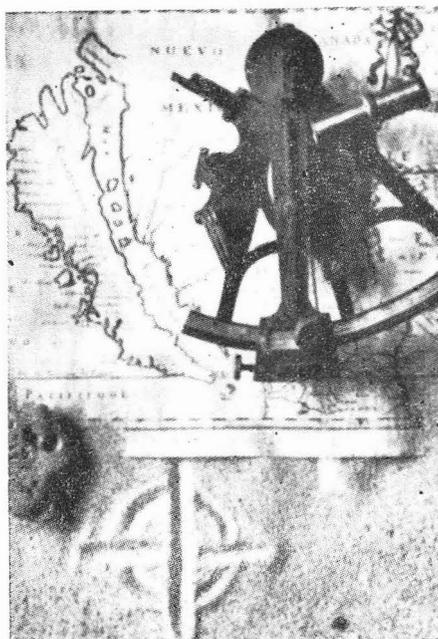
timo extremo, abrir camino al progreso verdadero, a una sociedad menos injusta y enajenante, y menos angustiosa.

IV

Por eso deprime a tal grado el actual panorama de México. No tanto por los problemas que exhibe ni por los escollos normales que delata, cuanto por la ausencia de un espíritu civil que afronte unos y otros. El fácil consuelo —“estamos mejor que muchos”— no excusa esta laguna moral que representa nuestro quietismo político, nuestra plena sumisión a lo bueno y a lo malo que una providencia visible nos depara.

V

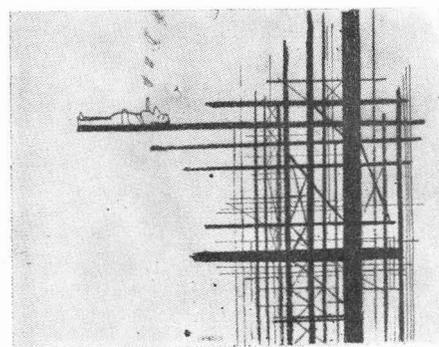
Guardémonos de caer en el impropio farisaico. Hay motivos sociales y económicos que explican, en general, semejante situación. Es humano el no querer arriesgar el diario sustento cuando, por lo de-



más, la época dista de ser intolerable.

VI

Pero ni esa explicación vale para todos, ni el conformismo garantiza más que una estabilidad engañosa. Una democracia que excluye la efectiva participación popular, que no propicia el ejercicio saludable y ne-



cesario de la opinión disidente, que clude y aun reprueba la crítica, en vez de fomentarla, es una democracia que se niega a sí propia y a la realidad que pretende organizar.

VII

El contemporáneo México se diría un inmenso cementerio, en el que los vivos difuntos que allí moran se limitan a levantar la cabeza de cuando en cuando, para proferir un melancólico chiste; y así desembarazados de ulteriores preocupaciones, tornan al sueño de los justos en la fosa común, bajo un eterno Sí grabado en la única y resplandeciente lápida que los guarece de la intemperie.

—J.G.T.